

## LOS EFECTOS DE LA IRREFLEXION.

## I.

Hace algunos años, que en las cercanías de la antigua villa de Moratalla, y en el centro de la deliciosa huerta que descendiendo en anfiteatro estiende su lujoso manto de esmeraldas á su pié formando un golpe de vista mágico y arrobador, existía un bellissimo cortijo nominado del Arabe por su proximidad á la magnífica acequia de este nombre, y que estaba habitado por un comandante de infantería retirado natural de Granada, y que en compañía de su esposa y de una niña de doce años que esta habia tenido de su primer esposo, antiguo amigo del comandante con quien habia casado de segundas nuncias, se habia establecido allí á causa de la salubridad del clima y de sus finas y esquisitas aguas.

Era el caer de una hermosísima tarde de uno de los primeros dias del mes de Junio. El sol, próximo á ocultarse tras los agudos picos de la sierra del Cerezo, heria con sus últimos rayos las verdorantes cumbres de la sierra de Benámor, y las empinadas cuestas del cerro de los frailes, en cuya cumbre resplandecian las blancas paredes del monasterio de Jesucristo aparecido, formando con las caprichosas ondulaciones de las montañas, vivamente iluminadas unas, enteramente en la sombra otras, las mas vistosas gradaciones en los matices de verdor que esmaltan aquellos pintorescos sitios.

Sentados el comandante y su esposa bajo un hermoso emparrado que se estendia delante de la casa, contemplaban con delicia aquel bellissimo paisaje, en tanto que su hija Maria de la Rogativa jugueteaba á corta distancia con una bola de goma.

De improviso oyóse el alegre griterio de algunas voces infantiles, y un grupo de jóvenes estudiantes de los que empezaban á venir de vacaciones se detuvo ante el porton del huerto saludando á los habitantes del cortijo.

Estos los invitaron á que entráran á descansar y ellos aceptaron con la expansiva franqueza que reina entre los vecinos de las poblaciones pequeñas.

—De donde se viene? preguntó el comandante.

—De la fuente de la Negra donde hemos ido á merendar y luego hemos subido por el ribazo de la fuente del tío Peña donde hemos estado remontando las cometas y hemos dado la vuelta hasta aquí, contestó uno de los mayores.

—Pues la vuelta ha sido larga dijo Doña Piedad, que así se llamaba la esposa del comandante, y creo que tendreis ya gana de merendar otra vez y no habrá dificultad en que nos acompañeis á nosotros á hacerlo.

Al decir estas palabras, salió la muger del arrendador con una bandeja de rollos y mantecados y otra de fruta que colocó sobre una pequeña mesa bajo el emparrado y colocándose todos en torno suyo empezaron á merendar alegremente, comentando á la par maliciosamente todas las noticias locales del dia.

De pronto una hermosísima oropéndola desplegando á los rayos del sol poniente su vistoso plumage, cruzó sobre el emparrado y fué á posarse en una higuera donde se oia el alegre piao de sus hijuelos.

—Señor de Baeza, dijo uno de los estudiantes jovencillo de unos catorce Abriles, moreno, de ademanes vivos y casi alocados y cuyos brillantes ojos negros revelaban una imaginacion volcanizada, me permitís que suba á esa higuera á coger el nido de oropéndolas que hay en ella?

Mi querido Enrique, respondió el comandante, me dispensará que no acceda á tu deseo, primeramente porque la rama donde se halla el nido es muy alta y pudieras caerte y lastimarte y no quiero esa responsabilidad sobre mi conciencia; en segundo lugar porque sin querer podias tronchar algunas ramas de la higuera; y finalmente porque la estancia en este sitio de esos hermosos pájaros de tan bello plumage, es una de las cosas que embellecen este retiro.

Enrique nada tuvo que objetar, pero no pudo dejar de notarse lo contrariado que se hallaba, en el obstinado silencio que guardó hasta el momento de despedirse.

Por fin los estudiantes se despidieron y continuaron su camino hasta llegar á la calle Mayor de la villa donde Enrique se separó bruscamente de ellos. Dirigióse hácia su casa donde halló á su padre cenando y protestando que estaba cansado y le dolia la cabeza, se encerró en su cuarto para dar lugar á su padre que, segun costumbre, bajase á pasearse á la plaza.

Como es facil comprender, Enrique tenia un proyecto hijo de su irreflexion y de la violencia de su carácter, que su padre (que era el médico de la villa) hombre de carácter duro y despótico, que no comprendia la necesidad que tienen los padres de ser los amigos de sus hijos para ganar su confianza y dirigirlos con acierto, lejos de poderle contener, habia hecho con su errado modo de proceder mas irretable.

Para poner por obra su proyecto, contaba Enrique con la ausencia de su padre; pero la casualidad hizo que entretenido con una consulta se le hizo muy tarde y no salió aquella noche, por lo que el jovencillo tuvo que esperar á que se recogiese, y cuando todo pareció dormir en su casa, bajó al corral, abrió la puerta que volvió á dejar encajada, y rodeando por detrás de la plaza salió á la senda que por enmedio de la huerta conduci al cortijo del Arabe.

